

Explotación y explosión en Albania

CIEN albaneses, prófugos de un país en la periferia de la televisión, intentaron desembarcar en la soñada Italia. Pagaron a la mafia lo que les quedaba para zarpar en un viejo buque destinado al tráfico clandestino de hombres. En la travesía hacia Occidente, el barco chocó con una corbeta de la Armada italiana y se hundió. De los cien tripulantes, ochenta ahogados. La corbeta apenas pudo rescatar a nadie y repetía que fue un accidente. Esta tragedia es hoy para nosotros una metáfora.

Albania pocas veces ha podido ser protagonista. Ha contemplado durante este siglo cómo se reproducían en su propio país los conflictos entre las diferentes «armadas» ideológicas europeas: entre los imperialismos de la Primera Guerra Mundial, entre los nazifascistas y los comunistas, y, finalmente, entre los estalinistas y los maoístas. Para evitar el oleaje, Albania se encerró durante medio siglo en un buque comandado por el estalinismo más radical. Ahora se halla arrojado a un mundo inédito y competitivo que planeará su explotación y su naufragio. Los éxodos albaneses de 1991 y 1992, tras la caída del régimen dictatorial de Hoxa, significaron la iniciación de este desconocido país en el álbum de fotos internacionales, después de años de aislamiento forzado por miles de bunkers a lo largo de sus

fronteras. Su barco, poco acostumbrado a los cambios de viento, se encuentra hundido por el peso de una historia hecha de «pirámides» de fracasos.

La pirámide financiera

LA caída del comunismo, como en otros países del Este, supuso la entrada de nuevos dirigentes con el apoyo de entidades financieras como MMM, Tchary, Tíbet y otras, más preocupadas de encontrar dinero fácil que de crear riqueza. El gobierno de Berisha potenció la transformación económica desde 1992 mediante este tipo de sociedades unidas a grupos familiares cercanos al gobierno. En un primer momento, las medidas fueron positivas y se multiplicó el número de participantes, creándose una gran pirámide receptora de ese dinero. Debido a ello, familias enteras entregaron sus ingresos provenientes, en su mayoría, de la repatriación de capitales recibidos de los emigrantes albaneses en el extranjero (55.000 millones de pesetas). El negocio parecía fácil y seguro por los altos intereses que ofrecía. Sin embargo, el juego fracasó al no potenciarse la actividad económica que realimentara a estas sociedades financieras. La pirámide de préstamos se truncó a costa precisamente del pueblo albanés, y no de las mafias albanesas o de las entidades internacionales que utilizaban este negocio para lavar su dinero negro.

Una primera conclusión nos lleva a criticar la movilidad internacional de capitales que opera sin el más mínimo control social. Aunque la Interpol está tras la pista de los principales responsables, el dinero no volverá a manos de sus propietarios. En segundo lugar, este escándalo financiero deja al descubierto las esperanzas que prometía la economía albanesa con un crecimiento económico del 8,5 por 100 del PIB en 1995. Ahora se ve que ese crecimiento se basaba en la recepción de capitales del extranjero y no en un aumento de la producción. A esto unimos el fin de la guerra en Yugoslavia que aportaba

un pingüe beneficio por el comercio ilegal de armas y otros productos por sus fronteras. En tercer lugar, encontramos que en Albania existe un claro conflicto de clases en el que los capitalistas, dueños del Estado, esquilman el país y a sus ciudadanos al precio que sea necesario.

La pirámide política

LA estructura política no pudo resistir la crisis. El levantamiento civil no se dejó esperar. La poca actividad económica se colapsó y diversos grupos de trabajadores armados comenzaron la «guerra de los tiros al aire», creando una revuelta popular espontánea y policéntrica. Se formaron comités con diferente composición: líderes del partido opositor reprimido por la policía política de Berisha, jefes de bandas de delincuentes, militares licenciados por la ruina estatal y algunos vecinos relevantes. El Estado, una gran pirámide sin base social, acostumbrado a políticos decididos a enriquecerse por medio de las arcas públicas, no pudo contener la avalancha. La clase política mostró su lado más real: explotadores unidos a nostalgias comunistas y retóricos de la transición al capitalismo atados en las tramas económicas que ellos mismos habían generado. A pesar de los esfuerzos por contener la situación, el avance popular de Sur a Norte iba deslegitimando aún más a los dirigentes y generando diferentes tipos de expolio, donde la población civil volvió a sufrir las peores consecuencias.

La nueva situación requiere una relegitimación del poder estatal ante la sociedad albanesa. Hay que remover la cúpula del Estado y reestructurar la castigada y débil sociedad civil. Los nuevos comités urbanos no contienen una alternativa creíble pero suponen la aparición de instituciones medias de participación en la sociedad y la única vía de salida. La legitimidad política de la nueva Albania exigirá como premisa el fin de Berisha y el levantamiento de las medidas de excepción: amnistía

política, fin de la censura, restablecimiento del poder judicial, etc. Junto con esto, se hace necesario desarmar a la sociedad actualmente con doscientas mil armas en su poder. El nuevo Estado ha de generar un nuevo marco de seguridad ante la amenaza de las mafias o de grupos incontrolados. La única solución posible consiste en la compra de esas armas a la población y renovar los cuadros policiales con la participación de los comités ciudadanos.

La pirámide moral

LA pirámide moral de este país está cargada de calamidades, aireadas por los medios de comunicación extranjeros. Si miramos la autoestima de Albania, encontramos que es pésima. Muchos sectores sienten vergüenza de ser albaneses. Albania, para ellos, no tiene futuro y lleva consigo una maldición que la llevará a la autodestrucción. La depresión invade a todos los sectores sociales, cargados de desesperanza y nihilismo materialista. Esto explica la violencia suicida del país que no duda en destruir bibliotecas, escuelas o municipios, como si en esas acciones no perdieran una parte importante de ellos mismos.

Además de estas patologías, nos hallamos ante un «ethos desestructurado». El régimen totalitario comunista erradicó la cultura anterior para implantar una nueva. Sin embargo, este intento fracasó y provocó que la sociedad admitiera la corrupción como un elemento social más. La falta de moral pública hizo triunfar a las pirámides financieras. Los mismos que participan en ellas saben que alguien tenía que perder. Se trataba de un juego colectivo donde cada uno intentaba timar a su vecino. Aunque a fines de 1996 el gobierno puso frenos a las «inversiones», las advertencias fueron acalladas por las masas que esperaban sus beneficios.

Un punto de apoyo para la regeneración podría ser la

religión. Sin embargo, las diferentes confesiones religiosas no están en forma como para ayudar a la reconstrucción moral del país. Los dirigentes, tanto musulmanes como ortodoxos o católicos, parecen incapaces tras largos años de encarcelamiento y persecuciones donde primaba la religión del anterior estado represor.

Si analizamos los grupos etnorreligiosos albaneses, nos encontramos que están profundamente divididos. Hallamos principalmente dos grupos: los Tosk del Sur y los Ghegs del Norte, dos tradiciones distintas con sus redes tribales propias. En el Sur existe un apoyo mayoritario a los viejos comunistas, dado que en tiempos de Hoxa fue una región favorecida económicamente. En el Norte, Berisha mantiene sus principales apoyos. Como vemos, esta sociedad dual no muestra actualmente un panorama que pueda ofrecer una salida posible. El único horizonte que contempla con esperanza es tomar el barco que les lleve a Occidente, su actual tierra prometida.

La pirámide occidental

LA actitud occidental, por un lado, ha sido de «inhibición vigilante» ante la posibilidad de una Albania fuerte con hegemonía musulmana que desestabilice a las poblaciones albanesas colindantes de Kosovo (90 por 100 de albaneses) o Macedonia (30 por 100). Además interesaba contrarrestar la línea nacionalista de Berisha. Por otro lado, el silencio del mundo occidental se debe a su complicidad, directa e indirecta, en la llegada de Berisha al poder. Conviene, en este contexto de intereses, replantear el modo de ayuda que requiere Albania por parte de Occidente.

Hoy día la única salida es arbitrar el diálogo entre las muchas partes en conflicto, garantizando un auténtico desarrollo democrático. No basta con que Occidente envíe soldados, hace falta animar y ayudar en la transición a

la democracia económica, política y cultural, que es lo único que garantizaría el desarrollo justo.

El fracaso de Albania en su primera transición es fracaso del sistema y, en concreto, de Europa. El caos albanés era previsible y Occidente ha guardado silencio. Todo se debe a que el neoliberalismo y el nuevo Orden Internacional mantienen ciertos «fregaderos sucios», sin caer en la cuenta de las responsabilidades que se contraen. En este caso concreto, Italia monopoliza el control de las ayudas económicas a Albania. Su acción sobre Albania es continua y tiene un largo historial de ocupaciones e intervenciones en el pasado. Si Italia mantiene un interés geoestratégico y económico, es porque, a la vez, le sirve de desván para operaciones fraudulentas de blanqueo. Las mismas mafias italianas han apoyado el comercio de armas sin ser perseguidas de forma tajante ni por el gobierno albanés ni por el italiano. Albania se enfrenta a la refundación como país, y hay un peligro probable de que se convierta en una «extra-región» italiana sobre la que Roma tendría muchos derechos y pocas obligaciones.

De la intervención al intercambio

LAS necesidades son tan urgentes que han de asegurar la subsistencia de la población. La línea de actuaciones sobre este país consiste, en primer nivel, en abrir «pasillos humanitarios y de desarrollo» que inicien proyectos de reactivación social general. No basta con ayuda humanitaria, si la mayoría de los ciudadanos no encuentra motivos para permanecer en su región. En un segundo nivel, se necesita un plan urgente de ayuda económica que inyecte esperanza en el futuro. Pero la perspectiva de la ayuda no ha de ser sólo económica sino también desde una conciencia internacionalista clara. Albania se ha de integrar en el concierto internacional,

respetando su propia dignidad como pueblo y como nación.

A eso ayudaría decididamente una acertada política de comunicación. No hay que perder de vista que este drama se opera con personas concretas como protagonistas. No vale el anecdotismo de casquería para manipular la información, más interesado en mostrar escenas dramáticas que la misma historia, como el empleado en la Guerra del Golfo. Tiene que generarse otro tipo de noticias más históricas, basadas no sólo en la televisión sino también en medios asociativos más diversos. Por ejemplo, el seguimiento informativo sobre Cuba o El Salvador en España se ha debido a redes ciudadanas hipersensibilizadas con aquellas regiones, que han aportado sobre sus problemáticas una dimensión más solidaria. Desgraciadamente, el reducido interés español por lo internacional no ayuda a esta conciencia mundialista. Por ello, remarcamos su importancia.

TAMBIÉN *sería un avance cualitativo el superar el concepto de intervención interestatal por la noción «intercambio civil» entre pueblos. Tras la misión política del austriaco Vranitzky, paralela al despliegue militar, hay que generar otra relación con Occidente que no sea ni mágica ni filial. La intervención militar tiene que posibilitar el intercambio civil, que consiste en el flujo de ciudadanos de diferentes pueblos a través de espacios de encuentro, proyectos comunes y asociaciones. Los lugares del mundo donde se da este intercambio realmente producen un desarrollo justo. La ayuda unilateral de Occidente es una urgencia pero también una vejación para cualquier pueblo. Albania puede quedar vendida a la diplomacia, a la ingeniería militar o a los mecanismos financieros sin recuperarse como país, si no articulamos medios alternativos en los que participen ciudadanos, asociaciones, universidades, colegios profesionales, barrios,... generando diversas plataformas de*

intercambio (campos de trabajo, convenios, grupos de trabajo, etc.).

El drama albanés lleva a una cuestión de fondo: el déficit político de una Unión Europea que pretende madurez en lo macroeconómico. El neoliberalismo europeo es un político infantil dependiente de la función paterna anglosajona. Cada vez es más urgente una sociedad civil europea vertebrada. La política exterior no puede estar en manos sólo de la diplomacia, de los medios de comunicación y de las plataformas militares. Hay que tratar de formar plataformas asociativas de escala continental que puedan intervenir en los procesos europeos. Así, conseguiremos potenciar la vía civil de la política exterior europea a través de los movimientos sociales.

POR último, Occidente no puede hacer la transición por Albania. Ella misma ha de ser la protagonista de su propio desarrollo. Hay voces que piden un protectorado para Albania, una tutoría que reconstruya el país en una operación de ingeniería internacional. Pero el resultado sería erigir una nueva pirámide vacía y amenazada de ruina. Por ello, tiene que cesar el hipnotismo occidental. El país entero ve la RAI, con lo que los jóvenes se socializan por unos medios italianos que digieren acriticamente. En resumen, el futuro albanés se sueña en italiano. Albania no tiene por qué seguir una peligrosa imitación de Occidente. En la cultura albanesa sobreviven recursos culturales sumergidos que es necesario ayudar a multiplicar. No se trata de resucitar Albania sino de estructurar su propia identidad como pueblo para no caer en un trasplante cultural de Occidente.

Albania es un pueblo muy sufrido y sometido durante un largo período, pero con el mérito de haber sobrevivido y dar muestras todavía hoy de tolerancia, a pesar de los sucesos ocurridos. Su comportamiento durante el conflicto

ha sido clave para que no se extendiera. Es un país con gran acogida hacia el extranjero y con un sentido de protección muy fuerte: es muy llamativo que Albania, durante la ocupación de Mussolini, no entregó ningún judío a Hitler sino que los protegió de la muerte. Albania es hermosa. Pero su belleza está sumergida bajo las pirámides de la injusticia en las que participamos y de las que hemos de ayudar a liberarse para que emerja en todo su esplendor.